

la que acababa de aventurar cinco luises.

Pero era demasiado hábil para discutir las órdenes de su señor.

Se lanzó fuera del departamento del peso y desapareció.

El barón se dirigió hacia las tribunas.

Allí distinguió en primera fila á Elena y á Raquel, que estaban sentadas juntas. Detrás de Raquel, Caussedé la hablaba con la constante bondad que empleaba siempre para la frágil y dulce criatura.

— Está usted hermosa — la decía, — y muy pronto estará usted fuerte. Ya empiezan á volver los colores... Todo la sonríe.

La joven le escuchaba embelesada.

— ¡Cuánto me alegraría de que acertara usted — murmuró débilmente.

El barón, viendo la lánguida mirada de su hija, fija en el joven, pensaba:

— ¡Cuánto le ama!

Pero todo aquello no era para él más que una ligera distracción del pensamiento que le atormentaba, de su preocupación constante.

Pensaba en Benedetta, en su víctima, y se irritaba contra Brichard, que le hacía esperar tanto tiempo.

Bruscamente, por instinto, dirigió sus miradas hacia el sitio del peso, que entonces estaba casi desierto.

Allí distinguió á su jefe de policía, que le buscaba.

Se dirigió vivamente á él, y le preguntó:

— ¿Qué hay?

— Está hecho.

Y al mismo tiempo, Brichard entregó un papel al barón, diciendo:

— Aquí están las señas.

Cuando el barón se quedó solo, desdobló el papel y leyó:

«Calle de Visconti, número 14. Preguntar por la señorita Benedict.»

El pecho del banquero se ensanchó en un suspiro de satisfacción y murmuró esta palabra de triunfo:

— ¡Por fin!

XXIV

Presentación.

La calle de Visconti es una calle que agradaría poco á las gentes ricas, acostumbradas á vivir en las casas nuevas de la llanada de Monceau ó de los Campos Eliseos.

Por de pronto, los carruajes no hubieran podido entrar en ella.

Es más bien un ridículo callejón que atraviesa de la calle de Bonaparte á la del Sena.

A la mitad próximamente de la calle hay un edificio antiguo y raro, de dos pisos, con un ancho portalón de poca altura, que se cierra con una puerta de dos hojas, adornadas con gruesos clavos.

En la época en que tiene lugar esta historia, la casa estaba guardada por un portero, que entretenía sus ocios remen-

dando poco hábilmente la ropa de los estudiantes que habitaban en las inmediaciones.

Al buen hombre, que podría tener unos sesenta años, le llamaban el padre Jeromo, y gozaba de un relativo bienestar.

Era viudo y vivía con una especie de criada que arreglaba la casa, cuidaba las habitaciones de algunos inquilinos y era en realidad la administradora de la finca.

Los vecinos la llamaban señora Piot, el sastre la llamaba Justina.

La vida de estos dos seres había concluido por hacerse en la mayor intimidad, casi sin darse cuenta de ello, como sucede á tantas otras que se mueven en el caos inmenso de París.

Al principio, la señora Piot había ido á la calle de Visconti como asistenta, conservando su domicilio en una pocilga de la calle del Sena.

Después, poco á poco, fué naciendo la intimidad, y suavemente la viuda insinuó al viejo sastre la economía que les resultaría de vivir en la misma casa.

Esto era muy fácil.

La casa era grande y el propietario no era un tirano.

La señora Piot, viuda de un empleado de poca importancia, se instaló en una sala contigua á las habitaciones del portero.

Las malas lenguas aseguraban que el amor había derribado el tabique.

Estos son misterios sin importancia.

El dueño de aquella vieja casa era el marqués Huberto de Caussedé.

El joven no pasaba por allí ni dos veces al año.

El padre Jeromo administraba la finca á su gusto, y entregaba al marqués lo que le parecía.

Muy poco comunicativo en estos asuntos, Caussedé no había dicho nunca que tal casa poseía.

Así estaban las cosas cuando la casa se encontró con un inquilino más.

Pero aquel inquilino no entró en las condiciones ordinarias. Una noche el propietario en persona se presentó, acompañado de una joven sencillamente vestida, y la instaló en un pequeño departamento del último piso, que se componía de dos habitaciones modestas, pero alegres.

Aquel local no era lujoso, pero en comparación del que ocupaba Benedetta, podía considerarse como un palacio.

París es una población de recursos.

En un momento, el marqués hizo que Benedetta tuviese á su disposición cuanto necesita una joven condenada á vivir sola.

Con muy poco gasto Caussedé la adornó la habitación con muebles baratos, pero nuevos y alegres.

El piso era de madera, viejo, pero muy limpio.

Caussedé parecía alegre, y en efecto lo estaba.

Las buenas obras tienen siempre esta recompensa.

—La he prometido que la devolvería la salud—dijo paternalmente á la joven.— Ya tiene usted aire respirable. Esto es ya la mitad. La tranquilidad hará lo demás. Ya encontrará usted trabajo y ocupación. Pero ahora es preciso recobrar las fuerzas. Prohibo á usted que comprometa mi obra fatigándose inútilmente.

Sobre una mesita de pino barnizado dejó unos cuantos luises apilados.

—Esto no es la columna de Vendome—dijo, riendo—no hay más que diez, pero es bastante para esperar algunos días.

—¡Ah! sí, señor. Pero yo no sé si puedo..

Caussedé se encogió de hombros con sencillez.

—Vamos—dijo—no se preocupe usted por tan poco. Ya me lo devolverá cuando tenga más... Pero ahora tenemos que ponernos de acuerdo y tomar nuestras medidas.

El se apoyó en el borde de la ventana, mientras ella se sentaba en una de sus sillas de paja encarnada y amarilla, á la moda inglesa.

—¿Usted teme que puedan buscarla?—la dijo.

—Me parece que no—contestó la joven.

—Sin embargo, el que ha cometido la infamia de que usted es víctima, no debe renunciar á usted tan fácilmente.

—Me parece que no me buscará.

—Yo tengo mis ideas sobre esto... Usted es demasiado modesta... Es usted bas-

tante hermosa para que trate de buscarla... No se sofoque por eso.

La advertencia no era superflua, pues Benedetta se había puesto como la grana.

—Aquí debemos hablar como dos amigos, y se hace preciso que yo dé á usted algunas explicaciones sobre la vida de París. Aquí, las gentes se dividen en dos clases: las que tienen que trabajar para comer, y las que no se ocupan más que de sus placeres... Usted pertenece á la primera, y el hombre que le ha hecho tanto daño, es de los segundos, y yo mismo le odio mortalmente, porque es un bribón de la peor especie... ¿Usted no querrá volverle á ver?...

—¡Dios me libre de semejante cosa!

—Pues entonces es necesario tomar algunas precauciones... Cambiar de nombre, por ejemplo.

El joven estuvo buscando durante un minuto.

—¿Le parece á usted bien llamarse señorita Benedict?

—Es un cambio bien sencillo.

—Además, es preciso no salga usted sin necesidad.

—Sí, señor.

—Y evitar conversaciones con personas desconocidas.

—Muy bien.

El marqués salió hasta la escalera y llamó:

—¡Señora Piot!

—¿Manda el señor marqués?

—Que haga el favor de subir un momento.

—En seguida voy, señor.

La escalera era corta. La señora Piot subió con presteza los escalones de piedra, desgastados por una docena de generaciones.

El bearnés se había dejado convencer por las zalamerías de la viuda.

Verdad es que no había hablado con ella dos horas en su vida.

Esta era su excusa.

—El señor marqués me ha hecho el honor de llamarme—dijo, haciendo una reverencia que seguramente había aprendido en vida de su marido visitando á los directores generales.

—Sí, señora Piot, tengo que recomendar á usted á esta señorita, que es mi protegida. Ya la vé usted. Yo quedaré á usted agradecido—continuó el marqués—si cuida de ella. Es preciso que nadie sepa que está en la casa... Tiene enemigos...

—¡Oh!—dijo la señora Piot, juntando las manos—¿es posible?

Caussedé contestó, medio en serio, medio en broma:

—Es más que posible; es cierto. Usted habrá leído algunas novelas, señora Piot; pues bien, estamos en plena novela con la señorita Benedict. Es la inocencia perseguida. Más adelante, despacio, se enterará usted de todo. Por ahora, lo que deseo es que la atienda usted, en la inteligencia de que cualquier servicio que

esta señorita reciba, lo consideraré como hecho á mi mismo, ¿entiende usted?

La viuda creyó hacer una gran fineza sonriendo de un modo que por fortuna no vió Benedetta; pero el bearnés contestó á aquella sonrisa diciendo:

—No, señora Piot; se equivoca usted de medio á medio.

Y añadió dirigiéndose á Benedetta:

—Por ahora, querida niña, nada más tengo que decir á usted. No vendré por aquí; pero si algo la ocurre, no vacile usted en escribirme; ya sabe las señas de mi casa.

Y acercándose á ella la dijo en voz baja:

—No tema usted nada; está usted salvada.

Luego añadió en alta voz:

—La señora Piot traerá á usted las provisiones y cuanto le haga falta. Hasta la vista.

Y salió acompañado de la buena señora asta la portería, donde ya, en presencia del padre Jeromo la hablo con una acritud que empleaba muy pocas veces.

—Señora Piot—la dijo,—se ha equivocado usted lastimosamente respecto á mis intenciones y á mis sentimientos. Esta desgraciada, cuya historia es más triste de lo que usted puede figurarse, es una joven sumamente honrada. Ha sufrido una terrible aventura y se ve perseguida por un personaje extremadamente rico, rico más allá de toda ponderación. Es un

depósito sagrado que á usted confío. No diga usted á nadie que semejante joven vive en la casa.

La señora Piot obsequió al marqués con su sonrisa más delicada.

—El señor marqués puede estar tranquilo—dijo;—sus órdenes serán ejecutadas al pie de la letra.

—No olvide usted que se llama señorita Benedict, y sobre todo no pronuncie usted nunca mi nombre en este asunto.

Caussedé colocó sobre la mesa cinco luises que la portera acariciaba con la mirada, y añadió:

—Esto es para usted por las molestias que la causo. Adiós.

Y se alejó.

La señora Piot quedó pensativa, y su rostro, de dulce y meloso que estaba, se tornó sombrío y reflexivo.

Tenía una idea.

El portero, empotrado en una silla baja como un ídolo indio, manejaba la aguja con mucha actividad, recomponiendo la blusa de faena de un interno del hospital.

La voz desagradable de su compañera le hizo levantar la cabeza.

Delante de la gente la viuda le trataba con cierta consideración y cubría las apariencias.

Pero se desquitaba en la intimidad.

—¿Qué dices á esto, Jeromo?

—¿A qué?

—Toma, ¿pues no has oído al marqués?

—No soy sordo, pero estas cosas no me importan.

—Puede que te importen.

—No lo veo.

—Pues verás. Esa pequeña es muy bonita.

—Mejor para ella; pero yo no me he fijado en nada.

—Y—añadió la portera recalcando sus palabras—se interesa por ella un señor extremadamente rico.

—¿Y qué?

—Que si yo conociera á ese señor inmensamente rico...

El padre Jeromo empezaba á comprender; pero conocía también el carácter de la viuda, y la contestó:

—¿Sabes lo que te digo? Que eso que estás pensando es abominable, y no me asombro de que se te ocurra.

La viuda pareció dulcificarse un poco y prosiguió:

—Sí, eso se dice, y luego cuando se ve el dinero... se acepta. Ya ves que ha dicho inmensamente rico... Con esos escrúpulos no saldrás nunca de la miseria; ¡pobre viejo!

Y acariciando su idea añadió en voz baja:

—¡Oh! si yo conociera á ese señor inmensamente rico...